

**Dime**

**Los niños, la lectura y la conversación**



ESPACIOS PARA LA LECTURA

Propiedad de  
Fondo de Cultura Económica

Primera edición en inglés, 1993  
Primera edición en español, 2007  
Primera reimpresión, 2009

---

Chambers, Aidan

Dime. Los niños, la lectura y la conversación / Aidan Chambers; tr. Ana Tamarit Amieva. — México : FCE, 2007  
171 p. ; 21 × 14 cm — (Colec. Espacios para la Lectura)  
Título original Tell me: Children, Reading and Talk  
ISBN 978-968-16-8453-2

1. Lectura — Fomento I. Tamarit Amieva, Ana, tr. II. Ser. III. t.

LC Z1037

Dewey 028.5 Ch327d

---

#### *Distribución mundial*

Comentarios y sugerencias:  
librosparaninos@fondodeculturaeconomica.com  
www.fondodeculturaeconomica.com  
Tel. (55)5227-4672 Fax (55)5227-4694



Empresa certificada ISO 9001: 2000

Proyecto editorial: Daniel Goldin  
Coordinación editorial: Miriam Martínez  
Traducción: Ana Tamarit Amieva

Viñeta de portada: Joep Bertrams, tomada de *The Reading Environment*, de Aidan Chambers, Thimble Press, 1991.

Título original: *Tell me: Children, Reading and Talk*  
© 1991, Aidan Chambers

D. R. © 2007, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA  
Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14738 México, D. F.

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra  
—incluido el diseño tipográfico y de portada—,  
sea cual fuere el medio, electrónico o mecánico,  
sin el consentimiento por escrito del editor.

ISBN 978-968-16-8453-2

Impreso en México • *Printed in Mexico*

## 2. Tres situaciones compartidas

### COMPARTIR EL ENTUSIASMO

Cuando los amigos comienzan a hablar sobre un libro es, por lo general, porque uno de ellos quiere compartir su entusiasmo. “Acabo de leer este extraordinario libro —dice ella—. ¿Lo han leído?”

Todos conocemos las variantes de este truco para introducir el tema y cómo continúa luego la conversación. Si otros en el grupo no han leído el libro, quieren saber de qué se trata. Pero, ¿qué queremos decir con “de qué se trata”? La mayoría de las personas simplemente responde describiendo la trama, el ambiente y a los personajes de la historia. Pero no dicen nada sobre su significado. Tienden a decir algo como: “Bueno, pues es sobre tres hombres maduros que hacen un viaje por mar y dejan a sus familias y entonces...” Con mucha menos frecuencia, dicen: “Es una novela sobre la política familiar y las tensiones de la vida en familia en una sociedad posfeminista”. Es decir, no sintetizan el sentido como lo haría un crítico académico. Más bien tienden a recontar la historia y a hablar sobre lo que les gustó y lo que no les gustó, que podría ser cualquier cosa desde la naturaleza de la historia, el ambiente y los personajes, hasta la forma y la manera en que está contada.

Si los otros han leído el libro, la conversación tiende a deslizarse de inmediato en dirección a un área compartida, a la que se llega con trucos como: “¿Te gustó la parte en donde...?” o “¿No crees que fue muy gracioso cuando...?”

En la plática de todos los días, parece que las personas posponen la discusión del sentido (interpretación y significado) hasta que han oído todo lo que sus amigos tengan que decir. En otras palabras, el sentido de una historia *para ese grupo de lectores* surge de la conversación; no se establece en el inicio y luego se discute, como ocurre por lo general en una conversación académica formal sobre un libro.

Estos amigos, lectores de libros, están compartiendo dos tipos de entusiasmo:

- *lo que les gusta*: el entusiasmo por los elementos de la historia que les agradaron y atrajeron, sorprendieron e impresionaron, y los hicieron querer continuar con la lectura;
- *lo que no les gusta*: la aversión hacia los elementos de la historia que les disgustaron o los sacaron de la lectura por una u otra razón.

Es importante comprender que los lectores con frecuencia son tan vehementes sobre lo que no les gustó como lo son sobre lo que sí les gustó. Uno ve el efecto de esto en la discusión. Si a los amigos les gustaron las mismas cosas y están totalmente de acuerdo, la conversación es, con frecuencia, menos interesante y termina antes que cuando hay elementos que inspiran respuestas opuestas.

#### COMPARTIR LOS DESCONCIERTOS (ES DECIR, LAS DIFICULTADES)

Un lector con frecuencia expresa disgusto ante los elementos de la historia que lo han dejado desconcertado, las cosas que encuentra difíciles de entender. Preguntará: “¿Qué quiso decir cuando...?” o “¿Entendiste la parte en donde...?” A veces

ocultamos nuestra confusión con comentarios como: “No me gustó como termina, ¿y a ti?” o “No me convenció el personaje de la maestra, ¿a ustedes?” o “¿Qué es lo que te gustó tanto de la escena en donde...?”

Uno de los amigos tratará de dar una respuesta (más adelante, en “Compartir las conexiones”, se hablará de cómo lo hace). Es en esta parte de la conversación en donde es más obvio que el sentido se negocia y construye. Los amigos discuten lo que les resulta desconcertante y la explicación sugerida, y de aquí surge un entendimiento (o un acuerdo de que no hay acuerdo) sobre “de qué se trata” el libro, qué significa, para ese grupo de lectores en ese momento.

Digo “ese grupo de lectores en ese momento” porque un grupo diferente de lectores puede muy bien descubrir un énfasis distinto en el significado. Como también puede ocurrir en el mismo grupo si en otro momento vuelven a hablar del mismo libro. Los significados de cualquier texto cambian de acuerdo al contexto de la vida de los lectores y de sus necesidades en un momento determinado.

Si le queda alguna duda, piense, por ejemplo, en una palabra aparentemente simple: SALIDA. En un cine o en un restaurante o en cualquier otro lugar en donde se use la palabra como un signo arriba de una puerta, uno espera que signifique: “Éste es el lugar por donde se sale”, y si quiere salir no va a pensar dos veces sobre cómo leerlo. En un aeroplano, a ocho mil metros de altura, la palabra se usa como un signo sobre las puertas y está iluminada todo el tiempo. Pero sabemos que lo mejor es no usarla, incluso aunque tengamos muchos deseos de salir del avión, porque sabemos que, en ese momento y en ese lugar, hacerlo significa la muerte.

Si una palabra aparentemente tan simple como ésta —una palabra que tratamos de usar con la menor ambigüedad posible— puede sufrir cambios tan significativos de sentido a par-

tir del contexto, cuánto más probable es que una historia que utiliza muchas palabras de formas deliberadamente ambiguas, como lo hacen todas las historias, vaya a estar cargada de sentidos cuyo potencial se realiza de acuerdo con lo que los diferentes lectores en diferentes grupos, en diferentes momentos y lugares, descubren juntos. Por esta razón, en la actualidad aceptamos que “la ilusión de la única lectura correcta ya no es posible”, como lo señaló Frank Kermode. En cualquier texto, no importa cuán simple sea, existe siempre la posibilidad de múltiples sentidos.

Al compartir y resolver las dificultades en los elementos desconcertantes de una historia podemos descubrir qué significa esa obra escrita para cada uno de nosotros ahora.

#### COMPARTIR LAS CONEXIONES (ES DECIR, DESCUBRIR LOS PATRONES)

Armamos rompecabezas, resolvemos dificultades, cuando encontramos relaciones significativas entre un elemento del texto y otro: elementos, por ejemplo, del lenguaje, motivos, sucesos, personajes, símbolos, etcétera.

Los seres humanos no podemos soportar el caos, el sinsentido, la confusión. Constantemente buscamos asociaciones, patrones de relación entre una cosa y otra que produzcan un sentido que podamos comprender. Y si no podemos encontrar un patrón, tendemos a construir uno a partir de los elementos dispersos y los cabos sueltos de ese material que está frente a nosotros. Hacemos esto con todo en nuestra vida, y lo hacemos cuando leemos.

Sólo podemos “leer” cuando reconocemos en los signos sobre la página los patrones llamados palabras y oraciones. Pero aprender a leer relatos no es sólo cuestión de saber re-

conocer estos patrones verbales; también implica aprender a reconocer los patrones narrativos formales de la historia misma.

Piénsenlo de este modo: un edificio está hecho de ladrillos, piedra, madera y acero, materiales que podemos identificar a simple vista. Pero estos materiales se usan para crear un patrón de figuras que forman habitaciones de diferentes tipos, escaleras, techos, ventanas y puertas, que a su vez crean diferentes tipos de edificios: una casa, un edificio de oficinas, una fábrica, una escuela, que también aprendemos a identificar a partir de nuestra experiencia sobre cómo se usa cada uno. Con los textos sucede lo mismo. Se construyen con diferentes elementos del lenguaje usados de diversas maneras para crear distintos tipos de texto. Aprendemos a buscar detalles de diseño bajo la forma de patrones que nos dicen qué tipo de edificio, qué tipo de narración tenemos enfrente.

Cuando se usa el enfoque “Dime”, los niños a veces tienen problemas para entender a qué nos referimos con “patrones”. Intente llevar su atención hacia los patrones de la historia en los cuentos populares (los tres hijos, el tercero de los cuales realiza tres pruebas para ganar el premio, por ejemplo; el repetido: “Soplaré y soplaré hasta tirar tu casa”, en *Los tres cochinitos*); los patrones de ritmo y rima en una letrilla, y los patrones visuales en las ilustraciones y la decoración que nos ayudan a darle sentido a una imagen. Ellos pronto lo entenderán y ampliarán cada vez más su capacidad para hallar patrones.

No es que todos los patrones provengan del texto en sí. Hay patrones extratextuales que pueden usarse para ayudar al lector. Dos de ellos son importantes en la conversación literaria y la construcción de sentido.

Los críticos llaman al primero *del mundo al texto*. Esto significa comparar los sucesos, personajes o lenguaje de una his-

toria con eventos, personas o lenguaje que el lector conoce personalmente. Al llevar nuestro propio mundo al mundo del texto y compararlos, descubrimos significados en uno u otro, o en ambos.

De la misma manera, los lectores a veces *comparan un texto con otro*. Describen cómo un libro se parece a otro o en qué difiere; o comparan a un personaje de una historia con un personaje de otra, y al pensar en sus similitudes y en sus diferencias entienden a ambos un poco mejor.

Estas dos comparaciones se sustentan en la *memoria*: la memoria de nuestras propias vidas, la memoria de otros textos que hemos leído. El juego de memoria provocado por un texto es parte integral de la experiencia de lectura y una de sus fuentes de placer. Con mucha frecuencia, en una conversación ordinaria sobre un libro toda la plática se concentra en los recuerdos que el libro ha traído a la mente.

Estas características de las conversaciones no se suceden en un orden formal. Se van mezclando a medida que la conversación avanza, aparentemente sin un ordenamiento consciente. De hecho, la conversación está guiada por una necesidad inmediata: la necesidad de expresar satisfacciones o insatisfacciones, de articular nuevos pensamientos para escuchar cómo suenan, de “sacar” elementos perturbadores provocados por la historia para exteriorizarlos, ponerlos a contraluz, por decirlo de alguna manera, para observarlos y de esa manera tener algún control sobre ellos. Al igual que las pláticas comunes, la conversación de “Dime” no es ordenada ni lineal, ni lo que algunos especialistas llaman un “discurso totalizador”: el tipo de discusión que busca respuestas específicas a preguntas formuladas en un orden prescrito, en donde una pregunta sigue “lógicamente” a otra.

En esencia, hablar sobre literatura es compartir una forma



de contemplación. Es una manera de dar forma a los pensamientos y emociones excitados por el libro y por los significados que construimos juntos a partir del texto: ese mensaje controlado imaginativamente, que el autor envía y que nosotros interpretamos de cualquier modo que creamos útil o placentero.

~

Propiedad de  
Fondo de Cultura Económica